



Marlene

Omar Tiscareño

Estudiante de 7º semestre de la Licenciatura en Letras Hispánicas, UAA

En este momento Marlene perderá la vida, será victimada por la ira.

Ernesto la besó hace poco. La encontró en el campo huyendo, bajo un cielo que se aseveraba y se volvía gris:

Eres el susurro de las hojas caídas, de las voces que crujen en el suelo, eres el miedo de la margarita que se disecca antes del atardecer, eres el canto vencido de los tordos. El césped aprisiona bajo tus pies la tierra, una serpiente escurre su sombra cerca tuyo y te vigila, cuida de ti; los insectos reverberan bajo tu mismo tararear para que se sientan enjambrados por la luz de tu voz. Marlene, lo sabes, te busco como el pájaro confundido al que le robaron el día, te pienso como algo que me fue arrebatado, pero que nunca tuve.

Después, Marlene lo miró y sonrió discreta, señaló con esto cierta coquearía. Se mordió un poco el labio inferior y Ernesto dejó escapar el vendaval de su pecho. La alcanzó, tomo sus manos y ella cedió. Acercó su rostro hacia el suyo y ella insistía en sonreír:

Ernesto, si supieras que te deseo igual, que cada noche también te pienso. Me dejo observar por ti porque así me siento segura, siento que algún día me salvarás de la farsa, que vencerás con tu mirada las sombras y que me regresarás a donde nunca he ido, a estar contigo.

El viento zarandeo sus cuerpos y los juntó, Ernesto apenas y rozó sus labios con los de ella (la serpiente se enrosca y agita su cola, se traga el veneno). Muy poco o suficiente ha escuchado Marlene el sonido de un cielo que se corrompe, le pidió a Ernesto que la dejara y éste obedeció.

Antes, un poco antes de esto, Marlene cerró con fuerza su puerta y se apresuró hacia el campo. Respiraba con fuerza y con furia:

Es un idiota, no entiende. Me verá morir de tristeza y me tendrá que sepultar con todos los ríos de mis lágrimas. Lo peor es que no se da cuenta y cree que soy así, que nací bajo el signo de Saturno, que lloro porque me es fácil llorar. Y si se lo dijera, si tuviera el valor, me mataría, indudablemente, mas ese sería mi consuelo, ¡ya no sufrir!

Atrás de esa puerta cerrada estaba Aurelio, quien lloraba en silencio. No es para nada un idiota, sabía lo que ocurría: su mujer se había enamorado de alguien y él no supo cómo sobrellevar la situación. Todos los días se esforzaba en provocarle una sonrisa, pero fracasaba:

Si con amor me esfuerzo en labrar nuestro nidal, y con nostalgia rompes los muros de esta casa, ¿cómo soportar tu llanto cuando sé que otro te da alegría? Y dices que todo es culpa de mi obsesivo amor, ¿eso no da razón para que me comprendas y cedas al menos un beso?, ¿cómo explicas, entonces, si tanta es mi fascinación por ti, que en este falso idilio nunca haya sentido siquiera tus manos? Y lloras cada vez que te toco, pero sé que alguien más con sólo mirarte te hace reír.

Aurelio sale a perseguirla, carga su dolor muy cerca del pecho al igual que la serpiente arrastra su sombra sin que la vean. Lleva consigo una daga, presente con quién verá a su esposa. El cielo se asevera y se torna gris.

El terror definitivo



Sin título, Marco Laureano